

PRÓLOGO

Aunque centrada en una zona determinada, el Baixo Miño, no hay duda de que esta obra tiene una ambición mucho mayor. Cabe decir, en realidad, que constituye el estudio comarcal más riguroso y exhaustivo referido a la Edad del Hierro en el noroeste de la Península Ibérica realizado en los últimos años. Debido a la dispersión de los estudios arqueológicos (a menudo inéditos y solo accesibles mediante consulta directa de los informes e inventarios depositados en las Direcciones Generales de Patrimonio Cultural de las Comunidades Autónomas), resulta de enorme valor y utilidad el esfuerzo de síntesis y análisis de los datos que aquí se nos ofrece.

La base de la investigación es una rigurosa y amplia sistematización de informaciones arqueológicas: castros, sitios romanos o zonas mineras. La obtención y tratamiento de los datos se basa en la prospección sobre el terreno, el trabajo sobre el registro mueble e inmueble, la teledetección y una cuidadosa revisión crítica sobre lo ya escrito, sean síntesis publicadas, informes, artículos científicos o noticias difusas. Todo ello constituye una labor larga y a menudo ingrata que, por otra parte, dota al trabajo de una extraordinaria solidez. Prácticamente no hay elemento relevante en la zona acotada que no haya sido medido y pesado, y pensado, para su incorporación a la trama de conjunto. Conjugando este laborioso acceso a los datos sobre la arqueología de Galicia y del norte de Portugal con un profundo y extenso conocimiento teórico sobre los modos de organización de las sociedades antiguas, tal como los trata la moderna antropología, Brais Currás ha sabido dotar de coherencia y consistencia al modelo de las sociedades segmentarias castreñas y sus transformaciones en el proceso de contacto con Roma. Sin duda, esta investigación ha de servir de punto de partida para todo estudio ulterior que pretenda abordar estos procesos históricos en su dimensión territorial.

El camino recorrido hasta llegar hasta aquí ha sido largo. Brais Currás, licenciado en Historia

por la Universidad de Santiago de Compostela, dejó clara ya su originalidad y tesón en su primer trabajo académico de envergadura (su Trabajo de Investigación Tutorizado, en el año 2006): un amplio estudio bibliográfico sobre la noción de «romanización» en la Edad Media hispana y primera modernidad, apoyado en la lectura de crónicas medievales y obras de humanistas, como la Historia de España del Padre Mariana. De este modo, entró en contacto con el debate entonces efervescente, sobre todo en los círculos académicos anglosajones, en torno a la teoría de la romanización, alumbrada en su forma moderna por Mommsen y puesta en cuestión entonces desde planteamientos postcoloniales. El estrecho vínculo existente entre ese concepto y la idea decimonónica de nación era algo que inmediatamente se puso de relieve en este intenso debate, mostrándose así el carácter fuertemente ideológico que tenían los estudios sobre la «romanización». Tras este primer acercamiento al tema desde una revisión historiográfica, Brais Currás prosiguió sus estudios adscribiéndose al Instituto de Historia del CSIC en Madrid, al grupo de investigación Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje, al que se ha mantenido ligado tanto en su fase predoctoral, como en parte de su trayectoria postdoctoral. Tras la defensa de su tesis doctoral en la Universidad de Santiago de Compostela en 2014, sus publicaciones nacionales e internacionales, sus trabajos arqueológicos de campo y las colaboraciones con instituciones españolas y portuguesas demuestran la fecundidad de su línea de trabajo, el carácter innovador de sus aportaciones metodológicas y la proyección patrimonial de sus estudios.

El signo de los tiempos conduce a adoptar una perspectiva europea, a aceptar una movilidad que va más allá de las fronteras nacionales. La formación del Dr. Currás se completó en Durham, Oxford y Toulouse y desde hace ya algunos años, desarrolla su investigación desde la Universidad de Coimbra, continuando algunas de las líneas

planteadas en su tesis doctoral y abriendo nuevas perspectivas. En particular, dirige el proyecto de estudio de las salinas al pie del Trega (A Guardia, Pontevedra), que ya han aportado datos que modifican algunas de las ideas comunes.

En este volumen que la colección BPH acoge se encuentran muchas de las claves de la investigación que brillantemente ha iniciado Brais Currás. Estas páginas están cargadas de trabajo

serio y generoso, que siempre ha enriquecido a los que de una forma u otra hemos colaborado con él, y esperamos seguir haciéndolo.

Santiago de Compostela y Madrid, junio de 2019

PEDRO LÓPEZ BARJA DE QUIROGA (USC)
ALMUDENA OREJAS SACO DEL VALLE (CSIC)

INTRODUCCIÓN

En este libro se emprende el estudio de las estructuras sociopolíticas y las formas de organización de la producción en las formaciones sociales de la Edad del Hierro en el noroeste peninsular y de las transformaciones que experimentan durante el proceso de integración en el Imperio romano, a través del análisis territorial del Baixo Miño confrontado con una visión general de todo el cuadrante noroccidental de la Península Ibérica.

El punto de partida en el desarrollo de mi argumentación será el análisis integral de las formas de estructuración sociopolítica del territorio en el valle del Baixo Miño (CBM) desde un punto de vista diacrónico. Pero este trabajo no pretende quedarse en un estudio monográfico a escala comarcal, sino que a través de la integración de diferentes escalas de análisis busca comprender la evolución de las comunidades de los castros en el conjunto del noroeste peninsular, examinando de forma extensiva el conjunto del poblamiento castrexo y de forma particular los principales asentamientos conocidos. Con este fin, estableceré un análisis del modo de organización territorial y de la estructura socioeconómica de las sociedades de los castros anteriores al s. I a.C. y su evolución a lo largo del primer milenio a.C.; evaluaré las transformaciones que esta sociedad experimenta a partir del final del s. II a.C. en el contexto de la dominación tardorrepública de la Península Ibérica y analizaré por fin el modo de integración de las comunidades locales en el Imperio romano y el papel jugado por la implantación de nuevas formas de explotación económica y articulación del territorio en ese proceso.

Desde las primeras excavaciones de Martins Sarmiento en el siglo XIX hasta las más recientes intervenciones de carácter patrimonial, las miles de páginas que jalonan la historia de la arqueología del mundo de los castros han encontrado en la fachada atlántica su principal objeto de estudio. No en vano hasta los años 1980 la práctica

totalidad de los datos arqueológicos, con muy contadas excepciones, procedían del territorio litoral y prelitoral y todavía hoy existe un marcado desequilibrio entre el interior y la fachada atlántica en lo que a volumen de información se refiere (Teira y Abad, 2012). Las periodizaciones (Silva, 1986), las tipologías cerámicas (Rey Castiñeiras, 1990-1991, 1991), los modelos territoriales (Martins, 1990)..., la mayor parte de lo que hoy conocemos por «cultura castrexa» procede en realidad del análisis del registro de la fachada atlántica.

Este peso decisivo de la zona costera del Noroeste, sobre todo en su mitad meridional, además de un sesgo territorial, trajo consigo también una distorsión en la comprensión de los procesos de cambio histórico. La zona meridional y atlántica de las sociedades de los castros fue quedando progresivamente sujeta al poder de Roma desde el final del s. II a.C., dando lugar a una serie de transformaciones que generan un registro particular, muy localizado e incardinado territorial y cronológicamente, y disonante con lo que ocurre en la mayor parte del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica en ese mismo momento. Pero aunque se trata de cambios excepcionales que van a suponer irremisiblemente la ruptura de las formas de organización sociopolítica propias de la Edad del Hierro, tanto en el mundo académico como en las visiones populares, la historia de las comunidades indígenas del primer milenio a.C. se ha identificado con los grandes castros, las «casas patio», las estatuas de guerrero, las «pedras formosas», la decoración arquitectónica...

La investigación de las formas de organización social de la Edad del Hierro ha sido deudora del registro arqueológico derivado del contacto con Roma (Silva, 1986, 1999) y de las fuentes escritas y epigráficas directamente generadas durante y tras la conquista (García Fernández-Albalat, 1990; Brañas, 1995, 2000; García Quintela, 2002, 2007; Queiroga, 2003). Esto, unido a una concepción del cambio histórico anclada en los presupuestos

evolucionistas clásicos ha llevado a una interpretación de los grupos que habitaron los castros como sociedades necesariamente jerarquizadas en el territorio e invariablemente internamente estratificadas. Un modelo en donde el sistema tribal y la jefatura funcionalista mantuvieron un peso determinante en la mayoría de las interpretaciones en clave social de las comunidades que habitaron los castros. Al mismo tiempo, los estudios que plantearon una visión alternativa de la Edad del Hierro como una sociedad sin formas de jefatura, no jerarquizada desde el punto de vista político y territorial y en la que no existen niveles de integración estables por encima de la comunidad (Fernández-Posse, 1998; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998; Sastre, 2001) quedaban relegados como un verdadero hápax, limitado a zonas de interior.

Se hace necesaria una investigación que acepte los límites del conocimiento histórico y arqueológico y que asuma el escaso valor de la documentación romana para la comprensión de realidades sociales que se encuentran sometidas a una profunda transformación causada por el impacto del poder de Roma mucho antes de que estos documentos se empiecen a elaborar. Un estudio que desde un enfoque antropológico y una base arqueológica sólida intente elaborar una explicación del funcionamiento estructural de las formaciones sociales de la Edad del Hierro del primer milenio a.C. sin caer en el anacronismo de extrapolar retrospectivamente la organización provincial romana, o en la aplicación de los rígidos corsés de esquemas preconcebidos obtenidos desde la asunción del modelo céltico.

Igualmente, existe una cierta vaguedad a la hora concretar cómo tienen lugar los cambios que se observan en el registro durante el final de la República en el intervalo de tiempo comprendido entre los primeros contactos de Roma con el Noroeste a partir del s. II a.C. y las Guerras Cántabras. La interpretación de la génesis de estos procesos de transformación social que se desarrollan a lo largo del último siglo anterior al cambio de era oscila entre las posiciones indigenistas que defienden un origen autóctono (Martins, 1990; Carballo, 1996; González Ruibal, 2007; Parcero *et al.*, 2007) y el punto de vista romanista que privilegia el influjo directo de Roma en la aparición de los elementos castrexos más tardíos (Almeida, 1983a, 1983b; Almeida, 1990, 2003a; Calo, 1993, 1994). Esta oposición no radica tanto en un problema cronológico como conceptual. En términos generales hay consenso en que los grandes castros, las estatuas de guerrero, la plástica o las saunas se datan en el s. I a.C., o como muy temprano en el final del s. II a.C. en las interpretaciones que avalan una datación más precoz. El debate surge realmente en la concreción de la definición y caracterización histórica del proceso

en sí. Para los «romanistas», las sociedades de los castros posteriores al s. II a.C. son comunidades ya romanas o en ciernes; la «romanización» aparece como un proceso que comienza en el año 136 a.C. con la victoria de Décimo Junio Bruto sobre los galaicos y que termina con las reformas flavias del s. II d.C. (*e.g.* Arias Vilas, 1992). En esta línea, los cambios relacionados con la llegada de Roma se explican a menudo como un *floruit* de la «cultura castrexa», un período de apogeo truncado por la conquista romana (Calo, 1997; Soeiro, 1997). En el extremo opuesto, aparecen aquellos autores que reivindican la singularidad de los procesos sociales del Noroeste como el resultado de una evolución autóctona, asumiendo un punto de vista que posterga toda injerencia romana, explicando las formas sociales y territoriales del final del mundo de los castros como la consecuencia inevitable de un largo proceso de complejización social (*e.g.* Martins, 1990). Pero en un sentido u otro, lo cierto es que a día de hoy sigue faltando una explicación satisfactoria que dé cuenta de las transformaciones tan profundas que tienen lugar a partir del s. II a.C. en las formas de ocupar el territorio, en la cultura material y en los modos de organización social. La mayoría de los trabajos, incluso los más recientes, rehúyen el problema histórico y se quedan en la constatación de un genérico incremento de la desigualdad y complejidad social en la fase final del Hierro sin aportar un porqué. Vemos en efecto que incluso en uno de los modelos antropológicos más elaborados que encontramos en la bibliografía sobre el Noroeste antiguo (Parcero *et al.*, 2007), en donde se plantea la evolución de la Edad del Hierro como un proceso marcado por las contradicciones internas del modelo socioeconómico de los castros, se obvia no obstante el impacto de Roma en la Península y no se profundiza en las causas concretas que conducen a los cambios que tienen lugar a partir del s. II a.C.

Un punto en el que también coinciden la mayoría de las interpretaciones de la sociedad de la Edad del Hierro es en el uso de las fuentes literarias y de la epigrafía de origen romano como documentos válidos para explicar lo que acontece precisamente antes de la llegada de los romanos. Para los «indigenistas», las noticias de *castella*, *gentilitates*, *civitates*, *populi*, *principes*, etc., hacen referencia a unidades organizativas de raíz indígena prerromana (Brañas, 1995; García Quintela, 2002) que conjuntamente con un análisis filológico de la onomástica (García Fernández-Albalat, 1990; Brañas, 2000) permiten trazar la imagen de una sociedad internamente jerarquizada y territorialmente organizada en unidades políticas de contenido étnico. *Civitates* y *castella* son vistos como la pervivencia de una organización de matriz indígena que es asimilada por Roma (Silva, 1986, 1999; Alarcão, 2003a). Frente a esta valida-

ción generalizada de la documentación romana apenas existen excepciones a la tónica común en el empleo de las fuentes escritas y epigráficas (Fernández-Posse, 1998). Surge no obstante un nuevo enfoque que reclama el desarrollo de una visión crítica que tenga en cuenta la realidad dinámica que reflejan estos documentos y que ponga en consideración que, por más que podamos intentar analizar estas fuentes como un eco lejano de las formas sociales indígenas prerromanas, allí donde verdaderamente encontraremos toda su riqueza es en el trabajo con realidades sociales cambiantes; en la comprensión diacrónica de un momento de crisis en el que las estructuras sociales indígenas se hallan insertas en un proceso de desintegración y de incorporación a la maquinaria estatal (Sastre, 2001).

A partir de la segunda mitad de la década de 1980 aparecieron varios estudios territoriales llevados a cabo en las zonas de interior que ampliaron la visión de conjunto de la Edad del Hierro del Noroeste, al tiempo que desafiaban la concepción cronológica de los procesos históricos de cambio comúnmente aceptada y trazaban una nueva imagen del impacto de Roma sobre la evolución del poblamiento de los castros: en la sierra de la Cabrera (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988), en la cuenca del Noceda (Álvarez González, 1993), en la cuenca Noroccidental del Duero (Orejas, 1996), en la cuenca del Sil a su paso por Quiroga (López González, 1990), en la comarca de Viana do Bolo (Xusto, 1993) o en Trás-os-Montes (Lemos, 1993). Estos trabajos significaron un contrapeso contra el monopolio de la visión que ofrecía la región occidental del mundo de los castros; un nuevo enfoque en el que fue fundamental el trabajo de M.^a D. Fernández-Posse y F. J. Sánchez-Palencia y su equipo. Sin embargo, sus estudios, aunque unánimemente bien valorados por el mundo académico, son rechazados por poco representativos. Se considera que los resultados obtenidos en las zonas estudiadas son difícilmente extensibles al resto del Noroeste por su carácter marginal, no equiparable a regiones más abiertas al contacto exterior y con una mayor densidad de población y un mayor desarrollo productivo (González Ruibal, 2007: 402, 2011; Parcero *et al.*, 2007: 213). Parece haberse consolidado la idea de la existencia de una regionalización durante la Edad del Hierro en la que se pueden aislar al menos dos modelos sociales netamente diferenciados y en donde las formaciones sociales de las regiones del interior constituyen un modelo organizativo singular, aislado y fundamentalmente ajeno a lo que en el mismo momento está ocurriendo en el resto del Noroeste. Pero ¿hasta qué punto se corresponde esta compartimentación territorial con la realidad de la Edad del Hierro? ¿En qué

medida pueden haber distorsionado nuestra visión de las formaciones sociales de los castros los distintos ritmos de integración de las comunidades indígenas bajo el poder de la Roma del final de la República? ¿Podemos hablar de una única Edad del Hierro para todo el Noroeste transformada por el control de Roma de forma desigual y siguiendo ritmos diferentes?

Como acertadamente señaló A. de la Peña, es una paradoja que los rasgos más característicos e individualizadores de la «cultura castrexa» procedan de la arqueología de un espacio muy restringido, referente además a un momento muy concreto (Peña, 1992a). Los llamados *oppida*, la plástica, las estatuas de guerrero..., todo ello es exclusivo de una región claramente circunscrita y particular. Además, el intervalo cronológico en que se desarrolla este fenómeno está también muy acotado. Básicamente comienza de forma clara en el s. I a.C. y para el final I d.C. ya ofrecía signos de disolución. Esta singularidad de la fachada atlántica noroccidental representa la refutación de la hipótesis que niega validez a los modelos socioeconómicos extraídos del estudio de la Sierra del Cabrera o del Bierzo debido a su carácter marginal. Nos encontramos así con que es la orla litoral meridional la verdadera excepción en el Noroeste desde el final del s. II a.C. y con que en realidad no tiene sentido presentar una Edad del Hierro heterogénea antes de este momento. Pero la imprecisión en la incardinación de los procesos de cambio derivados de la presencia de Roma en la Península Ibérica ha llevado a una diferenciación regional que falsamente crea una fragmentación que no se corresponde con la homogeneidad estructural en las formaciones sociales de la Edad del Hierro (Fernández-Posse, 1998). Es necesario establecer una regionalización cronológicamente circunscrita, que podamos identificar con precisión desde el final del s. II a.C. como el resultado de la acción desigual del poder romano sobre el Noroeste durante el proceso de conquista.

Toda extrapolación que tome como punto de partida el registro de la fachada atlántica y la zona meridional castrexa como medio para la comprensión global de la sociedad de la Edad del Hierro, se encontrará con unos límites fuertemente constrictivos. ¿Qué aporta entonces el conocimiento de una región tan concreta como el Baixo Miño? ¿Cuál es el interés de emprender el análisis de una realidad tan excéntrica en el marco de la Edad del Hierro del noroeste peninsular? Pues es precisamente en la misma singularidad del proceso de transformación que experimenta esta región donde radica la necesidad de una explicación integral que arroje luz sobre la organización social en la Edad del Hierro y que permita comprender las razones que conducen al surgimiento de un registro arqueológico tan pe-

culiar y disonante respecto al resto del Noroeste y que parece surgir de la nada en un momento muy concreto. De este modo, este libro pretende ofrecer una respuesta general que funcione como síntesis de los procesos sociales de cambio que atraviesan esta región y de su contextualización en el conjunto de la Edad del Hierro del Noroeste. De partida nos enfrentamos a una serie de preguntas ¿Cómo funcionaron las relaciones sociales durante la Edad del Hierro y cuál fue su modelo de estructuración político-territorial? ¿Podemos concebir un modelo segmentario semejante al estudiado en la zona interior? ¿Existe algo que diferencie a esta región del resto del Noroeste antes de la llegada de Roma? ¿Qué hecho o conjunto de hechos conducen a las profundas alteraciones que se registran desde el s. II a.C.? ¿Qué supone para las comunidades locales la presencia de Roma en el final de la República?

Responder a estas y otras cuestiones es el objetivo de este libro; un intento de aportar una

modelización histórica que explique los procesos de cambio que caracterizan al Baixo Miño entre la Edad del Hierro y su integración bajo el poder provincial romano. Un trabajo que pretende, en fin, una reconsideración de las estructuras sociales de la Edad del Hierro en el conjunto del Noroeste tomando como caso de estudio el Baixo Miño y una comprensión crítica del papel histórico desempeñado por Roma y de su lugar en el estudio de la protohistoria, a fin de comprender los procesos complejos de transformación que surgen tras los primeros contactos con las comunidades indígenas en el s. II a.C. y que desembocaron en la integración definitiva en la maquinaria provincial tras la conclusión de las Guerras Cántabras. Para ello, la interpretación propuesta pasa por la valoración del modelo social de la Edad del Hierro identificado en el Baixo Miño como un elemento contingente en el normal desarrollo de la sociedad del Noroeste en su conjunto durante el primer milenio a.C.